



El Deseo de Pedro

De Mi Libro de Cuentos



Había una vez, en un pequeño pueblo rodeado de colinas verdes y arroyos cristalinos, un niño llamado Pedro. Cada mañana, al salir el sol, cruzaba un antiguo puente de madera que crujía suavemente bajo sus pies.



Este puente, aunque resistente, se alzaba sobre un río de aguas rápidas que bajaban con fuerza desde las montañas. En el inicio del puente, siempre había una anciana de cabello plateado y manos temblorosas.



Sus ojos, llenos de sabiduría, reflejaban un miedo profundo cada vez que miraba hacia las aguas embravecidas. Aunque intentaba avanzar, el rugido del río bajo sus pies la paralizaba.



Pedro, un niño de corazón generoso, notó su angustia desde el primer día. Con voz cálida, se acercaba y le preguntaba: "¿Necesita ayuda para cruzar, señora?". Pero ella, con humildad, respondía siempre igual: "No, gracias, mi niño. No quiero molestarte".



Sin embargo, una mañana, Pedro decidió que ya era suficiente. Dejó caer su mochila al suelo y, con determinación, extendió su mano hacia la anciana. "Permítame ayudarla, abuela", dijo con una sonrisa sincera. "El puente es seguro, pero no hay por qué cruzarlo sola".



La mujer, sorprendida por su firmeza, asintió conmovida. Mientras avanzaban paso a paso, Pedro le hablaba de su familia, de cómo su madre le enseñó a ser amable y de las travesuras de sus tres perros: Luna, Trueno y Canela.



Sus palabras, llenas de calidez, eran como un escudo contra el miedo. La corriente rugía, pero la anciana ya no la escuchaba; solo oía la voz serena del niño que la guiaba con paciencia. Al llegar al otro lado, algo extraordinario sucedió.



La viejecita se irguió, su figura comenzó a brillar con una luz dorada, y sus ropas sencillas se transformaron en un vestido tejido con hilos de estrellas. Ante los ojos asombrados de Pedro, se reveló como un hada majestuosa, de alas translúcidas que brillaban como el rocío bajo la luz del alba.



"Pedro", dijo el hada con una voz que resonó como una melodía, "tu bondad y valentía son raras en este mundo. No solo cruzaste el puente por mí, sino que lo hiciste sin esperar nada a cambio. Por eso, te concederé un deseo: uno que nazca de tu corazón".

El niño, con los ojos llenos de emoción, no lo dudó ni un instante. "Quiero que todos los niños del mundo tengan el valor de ayudar a los demás, sin importar los obstáculos", declaró con firmeza. El hada sonrió, orgullosa. "Un deseo noble, digno de un alma como la tuya". Con un suave movimiento de su varita, una lluvia de destellos dorados envolvió el aire. "A partir de hoy, tu ejemplo vivirá en cada acto de bondad".